

PR6041

.P88

D5818

1910

ES PROPIEDAD

CARLOS PÉREZ MALDONADO



## CAPÍTULO I

UN BAILE EN CASA DEL DUQUE  
DE CUMBERLAND

**U**N día del mes de Junio de 1837, S. A. R. el Duque de Cumberland recibía á los oficiales de San Justo en el palacio de Saint-James.

De sesenta años acá, el palacio de Saint-James no ha variado gran cosa. Continúa perteneciendo á la casta de esas viejas moradas en que el visitante cree percibir aún los quedos rumores de pasados siglos. No se halla en el mundo palacio semejante al de Saint-James, que, al cabo, es una aglomeración fantástica de cuerpos de edificio in-

coherentes: vense pórticos, capillas y salas de recepción que datan de los tiempos de Carlos I al lado de construcciones de los Jorges, y patinillos barrocos y pasajes angostísimos cuyos nombres conmemoran glorias difuntas—patio de los Embajadores á donde ya no se dirige ningun Embajador, patio de las Caballerizas, en el cual ya no mascan avena los palafrenes reales.—Sesenta años atrás, el palacio de Saint-James ya no era la habitación del Soberano, pero se celebraban allí entrevistas, y los muros venerables albergaban principes de sangre real.

La noche en que el Duque de Cumberland daba el baile, notábase en el viejo edificio insólita animación. Desde el anochecer, apareció iluminada espléndidamente la parte en que se hallaban las salas de recepción. En el instante en que el reloj situado en lo alto del pórtico, frente á Saint-James Street, daba las diez, una guardia de honor, compuesta de un destacamento de infantería de la guardia, á las órdenes de un teniente, dió la vuelta al ángulo del parque, ingresó en el patio, y alineóse

á dos filas en el espacio que separa la entrada principal de los cuerpos de edificio iluminados.

El teniente, muchacho de unos veinte años, no se retiró á la sala de guardias del palacio, en la cual había apostado á sus hombres. Permaneció en el patio, cuya longitud y anchura midió en repetidos paseos, ora mirando su reloj, ora volviendo los ojos impacientemente á la reja abierta.

De elevada estatura, paso vivo y ligero, el joven oficial parecía un ejemplo seductor de la célebre clase de los pelirojos que seguían las tradiciones del bello Brummel. Sus facciones eran de suma regularidad, y en sus ojos azules y en el lozano color de su tez distinguíanse las cualidades que los extranjeros reputan características del tipo inglés. Sus cabellos, de un rojo obscuro, cubrían su cabeza profusamente; llevaba afeitados barba y bigote, y encuadraban su cara unas medias patillas harto incipientes. Su uniforme de gran gala traducía la preocupación de la elegancia, preocupación de una época que consideraba el dandismo como

el infalible marchamo de la educación: Inglaterra recordaba con orgullo que en la jornada de Waterloo, tan amargamente gloriosa, nadie se había manifestado tan intrépido como los perfumados elegantes de la guardia.

Compartía la impaciencia del joven oficial una ingente multitud que se apiñaba mas allá de las rejas deseosa de presenciar la llegada de los invitados. Compuesta ante todo de gentuza, la multitud divertía su prolongada expectación con burlas groseras en que el nombre del Duque de Cumberland sonaba con harto menguada veneración.

Ernesto, Duque de Cumberland, y único superviviente de los hermanos del rey Guillermo IV, era el hombre más impopular de Inglaterra. Su vida fué misteriosa y acerba. A consecuencia del atrevido asesinato de Sellis, su hermano menor, cernióse una grave sospecha sobre la reputación del Duque, sin que jamás llegara á disiparse por completo. La fama popular le atribuía todos los defectos de su familia, y ninguna de sus cualidades—virtudes domésticas de su pa-

dre, urbanidad del Regente ó bonachona rudeza de Guillermo IV.—Si á ello se añade que el Duque era intransigente, y había hecho causa común con los Torys, enemigos irreconciliables de toda reforma, los cuales no habían perdonado jamás al Duque de Wellington su apoyo á la emancipación de los católicos, se sospechará cual fuera el sentimiento de las masas hacia el Duque.

Pronto fué recompensada la expectación del populacho.

Una larga teoría de carruajes empezó á surgir de Saint-James Street, y á desaparecer luego estrepitosamente bajo la pesada bóveda, llevando cada cual su número de invitados. Mirando curiosamente á través de los cristales de las portezuelas, los espectadores repasaban el espectáculo de los vestidos flamantes, los uniformes deslumbradores de la Casa Real, las condecoraciones y medallas que lucían en el pecho los generales, las estrellas y cordones de los nobles y políticos famosos cuyos rostros eran inmediatamente reconocidos, los magníficos trajes de corte de las damas y damiselas, las

diademas de diamantes, las plumas de avestruz que casi rozaban las capotas corridas de las carretelas.

Con frecuencia los altos personajes eran objeto de observaciones nada gratas.

—¡El duque de Buckingham! ¡Valiente duque!

—¡Ahí tienes á lord Kenyon, mas tory que nunca!

—¡Lord Hill! ¡Cuantísima medalla! ¡Hurrah!

—¡Ovacionémosle!

Oyéronse vivas prolongados mientras pasaba bajo la bóveda el teniente favorito de Wellington que entonces desempeñaba las altas funciones de generalísimo.

—¡Ahí va el Marqués de Londonderry! ¡Silbémosle!

Y los silbidos fueron tan nutridos como antes los aplausos.

A decir verdad, los silbidos se hicieron constantes al reconocer la multitud, uno tras otro, á los personajes impopulares que formaban la mayor parte de los invitados del Duque de Cumberland.

Pero el eco de las calurosas demostraciones exteriores no turbaba en

lo más mínimo la serenidad de la escena que se desarrollaba en el interior. Al paso que los carruajes se detenían ante la escalinata, y dejaban á los huéspedes, el joven teniente cuya impaciencia mentamos, adelantábase presuroso, y llevaba á cabo un examen fisionómico que terminaba con un gesto de descontento. Por fin, un añejo cupé desmesurado que ostentaba corona condal en las portezuelas rodó por el patio con harta pesadumbre. Iluminóse el rostro del oficial; lanzóse á la portezuela y la abrió antes que el lacayuelo hubiese podido saltar á tierra.

Salieron del carruaje dos damas, á las cuales ofreció el militar sucesivamente la mano, ayudándolas á descender. Era la primera una matrona majestuosa, cubierta de blondas y de joyas, que aceptó el homenaje con aire de severa condescendencia. Seguíale una niña que tendría á lo sumo diez y ocho años, y cuya hermosura recordaba el delicioso tipo de algunos retratos de Lawrence: facciones suaves y regulares, frente que se caracteriza por lo alta más

que por lo ancha, boca y barba diminutas, mejillas que inflamaron la mocedad y la salud. Bajo sus pestañas, modestamente inclinadas, brotaba á veces de los ojos oscuros una llamarada de insubordinación, tanto más chocante por su contraste con la severidad que exigían á las primerizas las costumbres de la época. Sonrió de alegría al ver al oficial; y al poner pie á tierra, dió á la mano en que se apoyaba una leve presión significativa que permaneció secreta entre ella y él.

El teniente se dirigió á la matrona con aire de profunda veneración.

—Buenas noches, condesa. Agradezco á la fortuna vuestra venida.

Irguióse la condesa, dirigiéndole una mirada harto poco benévola.

—¿A qué debemos vuestra presencia, señor Hervey?—preguntó en tono hostil.

—Estoy acá de oficial de servicio—respondió, procurando adoptar un aire de cándida simpatía.—Además, su Alteza Real me ha favorecido con una invitación, y espero tener el honor de volverlas á ver inmediatamente.

Dirigíanse las palabras á la condesa, pero la mirada que las subrayaba se refería únicamente á la joven.

—Ello nos causará una viva satisfacción, ¿verdad, mamá?—se atrevió á responder la bella.—Debo comunicarle noticias de sumo interés, señor Hervey—añadió con sonrisa triunfadora.

Inclinóse Hervey, radiante de placer. La condesa enarcó severamente las cejas.

—Ea, Fanny, ¿no estás viendo que impedimos el paso?—dijo en tono imperativo.

El teniente se apresuró á ofrecer el brazo á la condesa, esbozando el gesto de adelantarse.

—Gracias, señor Hervey, no voy á causarle semejante molestia—dijo con voz glacial, y pasó.

Él—¡era imposible intimidarle!—volvióse rápidamente y ofreció el brazo á Fanny, quien aceptó en seguida, simulando no enterarse de la mirada prohibitiva de su madre. Un instante después, habían penetrado en el vestíbulo; allá Hervey se vió obligado á abandonarlas al cuidado de los criados.

Mientras subían la escalera, que conducía á los salones donde aguardaba el duque, la condesa aprovechó la ocasión para formular una reprimenda maternal.

—Hija mía, de una vez para siempre te prohibo que estimules las asiduidades de este muchacho. Un segundón que solo tendrá, más allá de su paga, una renta insignificante, sin esperanza alguna de pasar á otras sublimidades, no debe ser considerado como un pretendiente; la idea de un matrimonio semejante, es enteramente absurda. ¿Te has enterado, Fanny? Sus inverosímiles pretensiones sólo lograrán comprometerte ante más graves aspirantes.—La condesa hizo una pequeña pausa, y continuó:—El barón Sturmer se hallará aquí seguramente esta noche. Recuerda que debes acogerle con amabilidad; yo te lo mando. No quiero que le trates del modo que usaste la otra vez.

—Pero mamá, el barón Sturmer es extranjero, es alemán, y el oírle me exaspera.

—Nonadas. Y además, te equivocas. Los Hannoverianos no son ex-

tranjeros, son compatriotas nuestros. El barón es una persona distinguida, inmensamente rico, y que goza del favor especialísimo del duque de Cumberland. Si su Alteza Real viese en sus sienes la corona de Hannover, como podría acaecer antes de un año, probablemente el barón sería su primer ministro.

—Esto no le comunica el menor atractivo. Puedo acogerle con amabilidad, pero no iría á casarme con él aunque en persona subiese al trono de Hannover.

—¡Habrás visto rapaza! Te casarás con el hombre que yo designe, aunque deba encerrarte y dejarte á pan y agua.

Antes que la joven hubiese podido responder á la amenaza, que no era palabra vana en labios de una madre que andaba por lo menos atrasada de dos generaciones, anunció el ujier:

—¡La condesa viuda de Maldon y lady Fanny Greville!

Y, habiendo atravesado la muchedumbre de los invitados, madre é hija se hallaron frente al huésped real, y viéronse obligadas á devol-

ver las sabias reverencias que enorgullecian á nuestras abuelas.

El duque de Cumberland, que en aquella época habia llegado á los sesenta y seis, encontrábase bajo una araña, en el centro del salón principal. Era moreno, de recio aspecto; su faz revelaba al hombre que jamás se negó un placer ni retrocedió ante cualquier exigencia de su interés; faltábale el propio barniz exterior de cortesía de que se sirvieron tantos príncipes depravados para encubrir sus defectos. En el instante en que anunciaban á la condesa y á su hija, conversaba en alemán con un hombre de facciones muy pronunciadas; pero al acercarse las dos damas interrumpióse y dijo en inglés, en voz alta:

—¡Ah, Sturmer! He aquí una personilla por quien os interesáis, segun dicen. Aprovechad la ocasión, pero sin echar la cena en olvido.

Fanny después de la reverencia, se enderezó con las mejillas harto encendidas, por obra y gracia de la cuchufleta.

Mas el barón adelantó hacia ella; Fanny se vió obligada á aceptar su

brazo, aunque con un gesto de repugnancia que él difícilmente podía fingir haberle pasado desaparecido.

El Hannoveriano no se intimidaba por tales pequeñeces.

—Permitid, lady; —dijo con acento marcadamente tudesco—voy á llevaros á un sitio desde el cual presenciaremos cómodamente la entrada de los invitados.

Y condujo á su víctima á un rincón, frente á la puerta; y apenas se hubieron colocado, empezó á colmarla de cumplidos hiperbólicos, como las muchachas de entonces los exigían de sus admiradores.

—Tal fué vuestra tardanza que empezaba á desesperar de vuestro advenimiento. Vuestra ausencia hubiera hecho palidecer esta velada que yo interesé del duque, á fin de gozar la dicha de hallaros en ella. Poseo gran influencia sobre su Alteza Real, y fuera mi mayor deseo que me autorizáseis para emplear tan elevada amistad en vuestro servicio.

Fanny le oía distraidamente, fijos los ojos la puerta por donde entraba toda la pompa de los invitados, y evitando mirar el rostro de su caba-

llero. No obstante, era aquél un rostro notable y que hubiera recordado bastante la caricatura de un hombre que debía hacerse famoso: Bismarck. El barón de Sturmer contaría veinte años menos que su jefe, aunque tuviese ya el pelo ceniciento. Su cuerpo era tamaño y de recia complexión, la cara demasiado carnosa. Los ojos—pequeños y hundidos bajo una frente que surcaban arrugas penetrantes—brillaban con una expresión malévola que parecía pasajera por el esfuerzo del barón en humanizarse. Una fea hendidura que atravesaba la arista de su nariz, completaba la siniestra fisonomía del amigo favorito del duque de Cumberland.

Fanny llevó algún tiempo soportando las protestas de su formidable aspirante; pero al cabo alcanzó la libertad. Sturmer se levantó súbitamente, y, mascullando una excusa, atravesó el salón para saludar á un personaje cuyo nombre acababan de anunciar. Era el marqués de Londonderry, el gentilhomme que había provocado en la calle una demostración hostil; pertenecía—y era uno

de sus miembros más ostensibles—al grupo de torys descontentos, que, fastidiados por el voto del bill de reforma, habían repudiado la autoridad de Wellington y de Peel.

Apenas hubo desaparecido Sturmer, llevándose del brazo al marqués, Fanny reparó en Hervey, que entraba á la sazón. La mueca de sus labios convirtiéndose en alegre sonrisa; y en el mismo instante el oficial, con el instinto infalible de los enamorados, la descubría en su rincón, y se apresuraba á reunirse con ella. No obstante, Fanny derramó á su alrededor una mirada de inquietud, temerosa de que les viera la condesa.

—Mi madre me ha prohibido hablar con vos—murmuró precipitadamente, apenas él tomó la silla que Sturmer desocupara.—No conviene que nos vean juntos. ¿No habrá un sitio en donde podamos conversar un poco sin que nos vean?

Hervey reflexionó un instante; luego inclinó la cabeza en señal afirmativa.

—Venid:—dijo levantándose y ofreciéndole el brazo—vamos á un pasadizo que conduce á otro cuerpo



del palacio; allí no irá nadie á estorbarnos.

Guióla hábilmente entre la muchedumbre, hasta un extremo del salón; allí una puerta se disimulaba bajo un tapiz. Levantándolo, empujó la puerta, y apareció en efecto un luengo pasadizo desamueblado, que á duras penas iluminaban dos cirios clavados en la pared, en dos jambas.

—¡Qué paraje tan lúgubre! ¡Casi dá miedo! —cuchicheó la niña.

Y era el miedo sin duda lo que la obligaba á estrechar vivamente el brazo de su compañero.

—¡Magnífico!—dijo éste, muy risueño.—Yo he explorado infinitas veces estos rincones, estando de servicio. Este pasadizo conduce á la sala del trono, y sirve á la familia real al levantarse.

Llevóla al extremo del pasadizo recorrido, y llegaron á un lugar más profundo que remataba en una puerta cerrada. Veíase allá un banco de madera.

—Podemos sentarnos aquí —dijo Hervey.—Esta es la puerta que da ingreso á la sala del trono. Tiénela cerrada cuando no se utiliza la sala.

Fanny se sentó, temblando un poco, y transcurrieron algunos instantes sin que él y ella cambiasen una palabra.

Entonces Hervey preguntó:

—¿Es cierto que vuestra madre os ha prohibido que me hablárais?

—Sí, y lo que es peor, me ha ordenado que diera ánimos á ese odioso tudesco insoportable.

—¡Fanny! ¿Será el barón Sturmer?

—Precisamente.

—¡Habrás visto monstruosidad! ¡Pero si el barón raya en los cincuenta!

—Lo sé. Preferiría la muerte á semejante boda. ¿Pero qué partido voy á tomar? Mi madre se muestra tenacísima. Dice que él es el favorito del duque de Cumberland, y que va á ser primer ministro ó cosa parecida en cuanto el duque fuere Rey.

—¡Rey! ¿Qué estáis suponiendo?

—Rey de Hannover. Ya sabéis que la princesa no puede suceder en ese trono.

—Sí, lo sé, y es vergonzoso. Les deseo mil prosperidades con el duque de Cumberland.

—Ah, Teddy, me olvidaba la noticia. Es ya un noticia. ¿Sabéis lo qué me pasa?

—No, ¿de qué se trata?—preguntó Hervey, sorprendido por el entusiasmo de la niña.

—¡De una maravilla! ¡Voy á ser damisela de honor de la princesa!

—¡De la princesa!

Él parecía estupefacto, mientras Fanny se regocijaba por el efecto producido.

Ella prosiguió:

—Me han presentado hoy á Su Alteza Real por vez primera. ¡Se ha mostrado tan buena y tan benévola, y, con todo, llena de la nobleza que corresponde á una Reina! ¡Daría la existencia por ella, Teddy!

—Espero que no llegará á exigirnosla—replicó el joven que gustaba ya los celos.—¿Cuando entraréis en funciones?

—Enseguida. Desde mañana viviré en el palacio de Kensington. ¿No es esto un encanto?

Si Fanny creyó que el enamorado oficial iba á participar de su entusiasmo, se había equivocado lastimosamente. Teddy continuó conside-

rando la cuestión desde un punto de vista meramente egoísta.

—¿Eso querrá significar que os veré con menos frecuencia que nunca?

—¡Ah! lo ignoro todavía. La princesa puede no ser muy exigente. Probablemente se ofrecerán ocasiones de hallarnos.

—No pareceis haberos preocupado mucho de ese porvenir—refunfuñó Teddy.—Como Dios no lo remedie, la princesa logrará que me olvideis.

—Eduardo, estas palabras son injustas; no tenéis derecho á formular esta sospecha. ¿Me envidiáis el honor de servir á la princesa?

Parecía inminente una escaramuza entre los enamorados; pero, de pronto, el sagaz oído de la niña percibió sonido de pasos al otro extremo del pasadizo.

—¡Chit!

Teddy escuchó.

En las paredes silentes resonaba el eco de pasos furtivos.

—Alguien ha debido de hallar la puerta bajo el tapiz—cuchicheó Teddy al oído de su amada.—Parecen ser dos hombres...

Fanny le cogió el brazo, desesperada.

—¿Que hacemos? ¡No nos sorprendan aquí!

—Es posible que se vuelvan sin llegar á este cabo. Tal es nuestra única esperanza.

—¡No nos arriesguemos demasiado! Examinad la puerta. Acaso no esté cerrada con llave.

Teddy tomó el botón de la puerta que se abría detrás de él, y la empujó poquito á poco. Con gran satisfacción de los dos enamorados, la puerta cedió. Entraron de puntillas y volvieron á cerrar la puerta. Estaban solos en la desierta sala del trono.



## CAPÍTULO II

### LA SALA DEL TRONO

**P**ARA una pareja de enamorados que huían de la animación y del aturdimiento de los salones de recepción, era un campo de entrevista hartamente singular una sala del trono, á media noche. Los postigos de las altas ventanas aparecían herméticamente cerrados; ni un rayo de luz hería la obscuridad de la vasta sala desamparada, abandonada al polvo y al silencio. Guiado por su experiencia de aquellos lugares, más que por el sentido de la vista, Hervey condujo á su temblorosa compañera á través del encerado pavimento hacia un estrado de media-